

Crítica literaria y periodismo cultural: experiencias en “La Vanguardia”

Sergio Vila-Sanjuán

Sergio Vila-Sanjuán (Barcelona, 1957) es periodista de *La Vanguardia*. Entre sus obras figuran *Pasando página. Autores y editores en la España democrática* (2003) y *Crónicas culturales* (2004). Fue comisario del Año del Libro y la Lectura 2005, organizado en Barcelona.

In the first part of this paper, the author goes over the tradition of literary criticism in La Vanguardia, from the contributions of Josep Yxart, defender of Narcís Oller and Pérez Galdós, and those of Ramon Domingo Peres, who popularized the generation of '98, to the experiences of Juan Ramón Masoliver in the post-war period and Robert Saladrigas in the 80s, all the way to the present day. In the second part, it analyzes the day-to-day work in a supplement like “Culture/s” and, more specifically, describes the criteria with which the editing team elaborate the Book pages each week.

EXPERIENCIA HISTÓRICA: LA CRÍTICA LITERARIA EN “LA VANGUARDIA”

Ramon Domingo Peres fue un crítico nacido en Cuba de familia catalana que en los primeros años del siglo XX promovió desde *La Vanguardia* la literatura de los grandes de la generación del 98: Unamuno, Azorín, Baroja... “Provenía de la revista *L’Avenç*, y su labor fue fundamental en el lanzamiento de todo este grupo de escritores”, cuenta el catedrático de la Universidad de Barcelona Adolfo Sotelo Vázquez, que ha trabajado exhaustivamente este periodo literario en la hemeroteca del diario. “Peres dio mucha altura a la crítica literaria de *La Vanguardia* y estableció un modelo de trabajo”, añade.

Había tenido algún precedente ilustre, como Josep Yxart (Tarragona, 1852-1895), primo de Narcís Oller, amigo de Guimerà, Clarín, Pérez Galdós y Menéndez y Pelayo, autor de los cinco volúmenes de *El año pasado. Letras y artes en Barcelona* (reeditados en 1995 por Proa) que constituyen una estupenda crónica cultural de la época. Yxart escribió muy a menudo en *La Vanguardia* entre 1890 y el año de su temprana muerte, y su figura es indisoluble de la primera etapa de proyección cultural del diario, junto con la de otro crítico, Miquel Soler i Miquel, cuya obra de filiación modernista editó tras su suicidio Joan Maragall.

José Martínez Ruiz, “Azorín”, con sus trabajos sobre literatura clásica, y Eduardo Gómez de Baquero, “Andrenio”, con sus textos sobre literatura realista, son los críticos literarios más destacados que escriben en *La Vanguardia* durante el primer tercio del siglo, a los que sucederán, en los años de la República, el orteguiano Benjamín Jarnés y el escritor menorquín, traductor de Thomas Mann al castellano, Mario Verdaguer. Durante la guerra civil se incorpora a estas páginas un talentado integrante menor de la generación del 27, Juan José Domenchina, “que sobre todo era muy juanramoniano”, en palabras de Adolfo Sotelo.

En los primeros años posteriores a la guerra civil el papel es escaso, el diario muy fino y la crítica literaria tiene una forma dispersa, con columnas sueltas a cargo de firmas como Felipe Sassone y Nicolás González Ruiz. No es hasta 1948 que se nombra un crítico titular. Melchor Fernández Almagro había sido en su juventud amigo de Lorca y era un historiador conocido que publicaría trabajos como *Vida y obra de Ángel Ganivet* o *Historia del reinado de Alfonso XIII*. Encargado de analizar para *La Vanguardia* la nueva narrativa del momento, será él quien dé cuenta de las obras de consolidación de Cami-

lo José Cela, José M. Gironella, Miguel Delibes o Ana María Matute.

A principios de los cincuenta regresa a Barcelona, después de varios años como corresponsal volante de *La Vanguardia*, Juan Ramón Masoliver (1910-1997) y se pone al timón de la información literaria. Bajo su tutela se crean por primera vez unas páginas literarias diferenciadas y con epígrafe propio dentro del diario. Masoliver, que alardeaba de dirigir estas páginas desde su casa de Vallensana, se ocupará de ellas durante casi treinta años, primero mano a mano con Fernández Almagro y posteriormente incorporando un abanico de nuevas firmas entre las que destacan el helenista Miquel Dolç, Pere Gimferrer, Julio Caro Baroja, Ramon Carnicer, Lorenzo Gomis, Lluís Permanyer, Joaquín Marco o su propio sobrino, Juan Antonio Masoliver Ródenas.

En el marco de una reestructuración general de la sección de Cultura de *La Vanguardia*, el novelista Robert Saladrigas se hace cargo en 1981 de las páginas de Libros de *La Vanguardia*, que en 1989, y tras la reforma gráfica del diario, se convertirán en un suplemento extraíble. Saladrigas incorpora a Valentí Puig, Carme Riera, Juan Luis Panero, José María Guelbenzu, Mercedes Monmany y Lluís Maria Todó, entre otras firmas. Simultáneamente, el diario publica el suplemento Ideas, heredero de las páginas especiales de Cultura, que bajo la tutela de Josep Ramoneda familiariza al público de *La Vanguardia* con los "nuevos filósofos" franceses, la flor y nata del pensamiento internacional y firmas locales como Nissa Torrents, Ana María Moix, Anton Espadaler, Quim Monzó, Ana Basualdo o Josep Maria Ruiz Simon.

Devueltas las páginas de Libros al interior del diario como consecuencia de la crisis del papel de principios de los noventa, se integran en la sección de Cultura que coordina Llàtzer Moix y se hace cargo de ellas Sergio Vila-Sanjuán a principios de 1993. Desde esa fecha hasta 2002 se incorporan firmas como Andrés Trapiello, Javier Tusell, José Antonio Marina, Margarita Rivièrre, Luis Antonio de Villena, Valentí Gómez i Oliver o Lilian Neuman, al tiempo que Julià Guillamon queda confirmado como crítico titular de literatura catalana.

Durante este periodo el suplemento de Libros prácticamente triplica su espacio, vuelve a ser extraíble e incorpora color. Incorpora también las páginas de arte, donde las firmas titulares de Maria Lluïsa Borràs, Francesc Miralles y Juan Bufill establecen una continuidad con la tradición de crítica de arte del diario, que tuvo en el siglo XX exponentes como M. Rodríguez Codolá, Juan Cortés o Fernando Gutiérrez. Y asume también la continuidad del suple-

mento Ideas, publicando textos de autores como Julian Barnes, Ulrich Beck, Alain de Bottom, Edward Lucie Smith, entre otros.

Otras firmas relevantes que a lo largo de 125 años (que se celebran este 2006), y en forma de columnas de opinión, han incorporado de forma decisiva en *La Vanguardia* la reflexión sobre la literatura son las de Miquel dels Sants Oliver, Agustí Calvet “Gaziel”, Josep Maria de Sagarra, Miguel Delibes o Juan Perucho, entre muchos autores.

LA EXPERIENCIA COTIDIANA Y EL MODELO DE CRÍTICA IDEAL

En el año 2002, el suplemento de Libros de *La Vanguardia* dio paso al nuevo suplemento Cultura/s, una publicación cultural semanal de amplio espectro que dedica habitualmente diez de sus treinta páginas operativas a las reseñas y reportajes de libros, y que además, desde sus inicios, se propone diseminar las referencias a los libros por las demás secciones, incluyendo bibliografías y enlaces en las páginas de arte, espacios, cine, etcétera. (Una decisión importante, ya que una de las características que a mi entender marcan la crítica actual es que difícilmente puede ser sólo literaria.) El nuevo suplemento, bajo la tutela del subdirector Enric Juliana, cuenta con un equipo asesor coordinado por Jordi Balló y un equipo de redacción bajo mi coordinación.

¿Cómo se trabaja en las páginas de libros de Cultura/s, que se presentan bajo el epígrafe de “Escrituras”? La primera obviedad que hay que señalar es que la crítica de libros en un suplemento se plantea en permanente diálogo entre el crítico y el o los responsables de suplementos. Y eso atañe a muchos aspectos materiales de la crítica. En primer lugar, porque hoy día buena parte de las reseñas ya no se plantean a partir del interés constatable de un libro publicado, sino de la presunción de posible interés de los títulos que aparecen anunciados en el catálogo de las editoriales.

Es a partir de esa primera previsión que se deciden muchos de los libros a reseñar. Y, después, es a menudo a través de la estructura de los suplementos que se tramita el envío al crítico de galeras y de información de apoyo. Una vez decididos qué textos se abordan, el crítico no escribe en el vacío sino ajustándose al espacio que en el suplemento se tiene como disponible o se considera merece cada libro en cuestión. Por último, los mismos títulos de los textos suelen comentarse, ya que un suplemento busca generalmente títulos periodísticos y que además han de responder a condicionamientos de diseño para que no se solapen con el titular del

artículo de al lado, los antetítulos, los destacados, etcétera. Por tanto, primera constatación, la crítica de libros en un suplemento tiene una parte de tarea en equipo, entra dentro de la lógica de la producción periodística y eso la hace diferente de la crítica universitaria.

Por supuesto hay muchos tipos de crítica, casi tantos como críticos. Un suplemento como el nuestro tiene en primer lugar el objetivo de ofrecer un comentario interpretativo de aquellos libros que consideramos destacables, y que son unos quince a la semana, lo que suma algo más de setecientos al año, un uno por ciento de la producción editorial española. Esta primera selección es ya muy drástica y muy idiosincrática, por tanto.

Hay otros objetivos. La crítica debe además ser legible y atractiva, y contribuir a la legibilidad y al atractivo del suplemento. Eso se consigue con gente que escriba bien y que exhiba con claridad un criterio determinado, uno entre muchos posibles, con los que el lector habitual ya sabe hasta qué grado se identifica o disiente. En *La Vanguardia*, nuestro modo de apuntalar esta vía es mediante la presencia semanal de críticos *seniors* que son a la vez escritores conocidos, como es el caso de Robert Saladrigas o Juan Antonio Masoliver Ródenas. Ambos son claras figuras de referencia en el mundo literario y editorial español actual.

59

Pero además, el suplemento hace determinadas apuestas en determinadas vías. Hay, como decíamos, muchos tipos de crítica posible, y yo quisiera marcar dos ejemplos de crítica no académica; me aparto por un momento de nuestra experiencia y hablo ahora de modelos internacionales. Está, en primer lugar, el caso muy habitual en el que el crítico, desde su despacho, a partir de su propia cultura y de su más o menos amplio arsenal de lecturas, realiza su trabajo intentando vincular el texto que comenta en un contexto literario o, en el caso de grandes críticos como George Steiner, en un contexto cultural en sentido amplio. La implicación del crítico en su crítica es mucho más intelectual que directamente vital.

Pero está también el crítico a lo Edmund Wilson, aquel crítico que ha vivido desde dentro la vida literaria, que en su tarea crítica utiliza la experiencia personal, la viajera, sus contactos literarios, su visión concreta de la sociedad, y con todo ello elabora un tipo de crítica que está también muy impregnada de periodismo. Es el caso, por ejemplo, de Claudio Magris en *Danubio*, un libro en el que la crítica literaria se confunde con el libro de viajes, la reflexión personal y las ramificaciones hacia otras disciplinas como la historia, la filosofía, la sociología, la arquitectura... Un tipo de crítica

muy autobiográfica, también muy sincrética, que a los norteamericanos les gusta mucho, y del que hay ejemplos tan buenos como el libro recién aparecido en España de Janet Malcolm *Leyendo a Chéjov*, por poner otro ejemplo internacional.

Volvamos a *La Vanguardia*. Este último tipo de crítica nos parece un modelo con mucho potencial de renovación, y el que han practicado o están practicando en nuestras páginas algunos de nuestros colaboradores, como Julià Guillamon, José Enrique Ruiz-Domènec, Mauricio Bach —antes de pasarse al campo editorial—, Jordi Galves, Carles Barba, Xavier Antich... Un grupo de críticos con un pie en el periodismo a quienes a menudo hemos pedido que realizaran sus reflexiones críticas sobre el terreno, yendo a ver al escritor que analizaban para que trazasen un perfil sobre él, o recorriendo su paisaje, cruzando sus textos con los de otras disciplinas: la historia, el arte, el urbanismo o la política. Y me alegra decir que es un tipo de trabajo que también ha dado sus frutos fuera de *La Vanguardia*, en libros que derivan en buena parte de la experiencia realizada en el diario.

Así puede constatarse, por ejemplo, en una obra de Julià Guillamon, que en mi opinión representa una aportación muy original a la crítica española: *La ciutat interrompuda*, visión pluridisciplinar de cómo la literatura realizada en Barcelona en los últimos veinticinco años, tanto en catalán como en castellano, se plantea el problema de la ciudad. También puede comprobarse en la obra de José Enrique Ruiz-Domènec, *Lecturas para el nuevo milenio*, que aunque en principio es una recopilación de sus reseñas de libros de historia para nuestro suplemento, en realidad deviene un libro de crítica literaria porque tiene la gran virtud de leer la historiografía como literatura, algo que durante mucho tiempo también fue y ahora podría estar volviendo a ser. Son dos buenos ejemplos de crítica nacida en el diario y cruzada con el periodismo cultural.

Para terminar apuntaré simplemente mi opinión de que en el campo de la escritura española actual la vena más creativa se está desarrollando en la no-ficción (o en fórmulas mixtas entre la ficción y la no-ficción) y dentro de ella la crítica literaria, en cuanto visión interpretativa de la cultura y la creación literaria, tiene un lugar preeminente, sea en primer plano del discurso que se genere, sea como disciplina auxiliar. Cruzándose e hibridándose con el periodismo cultural, expandiéndose por los diarios y publicaciones semanales y mensuales para acabar a menudo dando pie a nuevos libros, se trata de un género que vive un momento de renovación.